

males de la vida con la paz del corazón, con la alegría interior y contento del alma. Es rico en la pobreza, y dueño de todo sin poseer nada. Se consuela cuando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios; y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su tesoro, todos sus conocimientos y todos sus amigos estan en el cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra, á lo menos pide por ellos. Sus mejores y mas frecuentes alimentos son la oracion y la sagrada comunión, fuentes inagotables de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo, y la estudia sin cesar para imitarle. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco, pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo no desprecia á nadie, solo piensa en servir á Dios y en imitar á Jesucristo; siente no haberle conocido mas pronto y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debeis asociaros, si quereis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debeis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos disgustos y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. A Dios, Amigo mio.

CARTA XXXI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

ACABÓSE por fin y con dolor mio, amigo Teodoro; aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida, semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba me afligia con la idea de que me quedaba uno menos. Yo no hubiera imaginado jamas que dias pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por esperiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuan engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡O cuánto yerran cuando se figuran que la virtud es austera, y que los ejercicios de la devoción son penosos á los que los practican! ¡error deplorable que da tantos sectarios á los vicios! Pero por mi dicha solo la esperiencia me ha enseñado que la vida cristiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia, y con la esperanza de la vida eterna son mas felices aun en la

tierra que los que se entregan á las p rfidas dulzuras del placer.

Así lo ha dispuesto Dios, y la razon alcanza que así es. El hombre siempre ansioso   insaciable de felicidad, desde que empieza   buscarla donde no la puede hallar, desde que ha errado el camino   cada paso que da se extravía mas. Un placer engañoso que no le ha satisfecho,   que le ha saciado, es un nuevo estímulo para buscar otro que no le satisface mas   que no le sacia menos. La ociosidad, que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazon, la necesidad de buscar sensaciones dulces, para que le saquen de aquel letargo, y el falaz aspecto de placeres nuevos que prometen lo que no cumplen, enredan al alma en una complicada y sucesiva cadena de errores y deseos que la precipitan de vicio en vicio.   Dichoso aquel   quien una luz temprana le ataja antes que se despe e, y le descubre el verdadero camino de la felicidad!

Entonces distingue mejor los objetos, entonces alcanza   ver el término de la dicha, reconoce el camino que conduce   ella, y le sigue con ardor y sin peligro. Este es ya el único deseo que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad; el tiempo que le pesaba antes tanto, que procuraba enga arle   costa de su inocencia, entregándose   los placeres rápido de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desórden; ya lejos de sobrarle no le basta para las ocupaciones serias, y le llena todo con la satisfaccion de saber al fin del dia que le ha empleado bien.

Los mismos ejercicios que parecen tan insoportables al profano son los que contribuyen mas directamente   su felicidad, y   que se le pase el tiempo sin sentir; porque los que se destinan   llenar en compa a de otros, y en prácticas de virtud todas las horas de su existencia, hallan en ellas mil ventajas que no pueden tener los que viven entregados   sí mismos; y estas ventajas son tan visibles, que la razon y sana filosofía debieran reconocerlas aun sin las luces de la religion.

Los Cristianos que, unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza, marchan juntos al término que buscan recíprocamente se refuerzan. Solo con estar ocupados y tener todos los momentos del dia distribuidos en devotos pero varios ejercicios destierran la ociosidad, y con ella los vagos   los malos pensamientos, que son padres de las acciones delincuentes.

La suave fatiga del dia les procura un apacible sueño, que los preserva de muchos peligros, porque los aleja de su imaginacion. El m tuo ejemplo los fortalece, las continuas instrucciones los sostienen, y la santa emulacion los anima. Por eso las sociedades voluntarias y cristianas, lejos de ser un trabajo de que deba afligirse la naturaleza, no son otra cosa que medios prudentes y bien entendidos, que la razon, inspirada de Dios, ha inventado para ayudar   su flaqueza, para socorrerla, y hacerla mas fáciles los caminos del cielo.

Nada de esto habia yo comprendido hasta que vi

esta santa comunidad, y no solo lo comprendí, sino que lo sentí y esperimenté. Aquellos pocos dias se me pasaron como un relámpago; y no se me escondía que si esto sentia yo en mi corazon, sentirian mejor en el suyo este efecto divino aquellos varones santos que habian merecido mayor gracia, y que por una larga costumbre estaban mas habituados á sus sagrados ejercicios. Pero tampoco era posible dudarle, y me lo hacian ver con evidencia el zelo ardiente, la dulce alegría y la presurosa puntualidad con que los practicaban. Su ejemplo hizo tal impresion en mi alma, que á pesar de mi corrupcion y mis vicios me reconocí lleno de ardor de imitarlos.

Cuando los veia correr con tan alegre actividad á todos los establecimientos de su regla, me decia á mí mismo: ¡ Dichosos vosotros, que despues de haber pasado tantos años en la inocencia continuais siempre en buscar á vuestro Dios con tantas ansias! ¡ dichosos vosotros, que daís cada dia tantos pasos hácia la gloria en que vuestro Dios os espera! ¡ y dichosos también, porque con menos riesgos y penas que los mundanos habeis hallado la senda menos áspera, y que un dia os encontraréis á las puertas de vuestra feliz eternidad sin haber sentido el peso de la vida!

Inflamado con estas ideas, se las comuniqué á mi santo conductor uno de los primeros dias de aquella feliz semana, y le pedí alargase mas el término de mi residencia en su santa casa. Él me respondió: Me alegro, señor, de veros en tan santa disposicion. Dios nos favorece mucho cuando nos hace conocer

las ventajas de la virtud. Para amarla es menester conocer que es amable; pero unas virtudes son mas propias de unos estados que de otros, y la santidad no es otra cosa que cumplir cada uno con las obligaciones del suyo. Estos padres, á quienes Dios hizo la gracia de sacarlos del mundo, no han dejado en él nada que les obligue á fijar allí su atencion. Libres de todo cargo han venido aquí á buscar á Dios; se han sujetado á las prácticas que les impone la regla, y su virtud consiste en su observancia.

Pero vos, á quien el cielo hizo señor de vasallos, y le dió hijos, criados y amigos, teneis otras obligaciones, y vuestra virtud será cumplir con ellas. Ya os habeis reconciliado con Dios, ya habeis sosegado vuestra conciencia; esto era lo esencial: así ahora debeis volver á vuestra casa y arreglarla, pensar seriamente en la educacion de vuestros hijos, cuidar de vuestros criados, y entablar una vida cristiana; y, si teneis proporcion, instruir y persuadir á vuestros amigos las verdades de la religion que Dios os ha mostrado, y sobre todo enseñar á todos con vuestro ejemplo la práctica del evangelio.

Ved aquí, señor, las virtudes de vuestro estado y circunstancias. ¿Y quién sabe los designios de la Providencia en vuestra conversion? No es posible errar cuando se sigue el camino que nos indica el cielo por la situacion en que nos pone, en vez de que la senda que escoje nuestro arbitrio puede ser obra de la ilusion ó del amor propio. Dios no estima estas virtudes momentáneas que produce un fervor

súbito, y que despues suele entibiar el tiempo, y solo ama las que son estables y prudentes, las que la razon aprueba y que el propio estado exige.

Lo unico que quisiera aconsejaros es que pues estais resuelto á pasar esta semana con nosotros, la aprovecheis para prepararos de nuevo, y recibir otra vez, el domingo, que será el último dia de nuestra compañía, los santos sacramentos. Pero yo quisiera que esta comunión fuera pública, que la recibierais en la iglesia, para que la vieran todos, para que vuestro corazon diese á Dios este testimonio patente de religion y culto, y que este fuera el primer paso de la profesion pública de cristiano de que debeis gloriaros en adelante. Yo me sometí á todo lo que el padre me dijo, y desde aquel instante volví á recoger mi corazon para prepararle al augusto sacramento que debia recibir otra vez. En efecto le recibí el domingo, y debo añadir, Teodoro, que me parece que aunque aquella comunión fue en la iglesia, y á vista de todos, me fue muy saludable y provechosa por el recogimiento y devocion que esperimenté.

Cuando despues de concluidos estos santos oficios el padre y yo volvimos á mi aposento, encontramos en él á Simon, que en conformidad de mis órdenes me vino á buscar. Su vista excitó en mí un sentimiento de pena, despertándome la idea de que venia á separarme de una compañía y de una vida en que estaba tan bien hallado. Mi sumision á los consejos del padre me hizo ocultar esta sensacion penosa. Simon me dijo que no habia novedad en mi familia,

y

y que todos me esperaban con impaciencia y alegría. Yo dije al padre que por lo menos aquel dia era mio, y que pues estaba resuelto á partir en él, siquiera me permitiese pasarlo todo en aquella casa, y partir al anochecer.

El padre condescendió, añadiéndome: Pues hoy es dia de recreacion los padres bajarán esta tarde á la huerta y tendrán el gusto de veros, y así podréis tambien, hablando con ellos, edificaros de nuevo con la sinceridad y uncion de sus santos discursos. Simon nos pidió permiso para acompañarnos á todo. Yo lo estrañé, sabiendo que estas ocupaciones no podian ser de su gusto; pero me pareció que por un lado la curiosidad, y por otro el temor de no saber que hacer si se quedaba solo, le hacian determinarse á venir con nosotros, y habiendo manifestado el padre que no habia en esto dificultad, le permitió que nos acompañara.

En efecto nos siguió á todo, y cuando llegó la hora de ir á la huerta fuimos todos juntos. Aquellos benditos padres volvieron á rodearme, dándome nuevas muestras de aquel amor universal con que aman á Dios en todas sus criaturas, y que tiene tanto carácter de santidad. Yo volví á sentirme enternecido de ver tanta benevolencia y atencion en favor de un indigno que no merecia besar la tierra que pisaban. Nuestra conversacion fue muy devota y mas animada que la primera vez.

Me parecia que me trataban ya con mas cordialidad y confianza. Comprendia cuanto hubiera podido

aprovechar con sus santos discursos si los hubiera escuchado con mas frecuencia. Sentia que solo su venerable aspecto al tiempo que me inspiraba veneracion me infundia deseos y amor á la virtud. Pero al fin llegó el momento preciso; á pesar de mi dolor, me fué necesario decir á Simon que hiciera acercar nuestros caballos; y cuando volvió á advertirme que estaban prontos, tuve que hacerme violencia para arrancarme de tan dulce sociedad.

No pude hacer tanto esfuerzo sin destrozarme el corazon, y anegarme en un diluvio de lágrimas. Todos los respetables varones mostraron la misma sensibilidad, y me vinieron á acompañar hasta la puerta. Allí se despidieron, y se dignaron de estrecharme en sus santos brazos, y yo sentí tanta confusion como consuelo de verme enlazado con tantos hombres que eran sin duda gratos á los ojos de Dios. Yo les pedí sus oraciones; ellos me las prometieron, y tuvieron la humildad de pedir las mias. Pero, ¡cuánto me costó, Teodoro mio, arrancarme de los brazos de mi director! ¡de aquel ángel de luz destinado por el cielo para mi regeneración! ¡de aquel mas que padre, á quien debo lo que puedo llamar mi eterna fortuna! Al fin fue indispensable; y tan lleno de amargo disgusto como cubierto de tierno llanto, monté á caballo, y partimos.

Pero, ¡ay! ¡qué otras nuevas conmociones me esperaban en mi casa! Los primeros objetos que se presentaron á mis ojos fueron mis dos hijos, víctimas hasta entonces de mi desorden y descuido. Yo

los amaba, pero con amor grosero. No era mas que aquel ciego sentimiento que la naturaleza inspira aun á los brutos. Hasta entonces no los habia visto sino como renuevos de mí mismo, y como destinados á continuar mi nombre y el esplendor de mi casa. Todas mis ideas no habian tenido otro objeto que el de criarlos y hacerlos adelantar en la educacion de caballeros, para que se presentasen en el mundo con gentileza y gracia; todas mis atenciones se limitaban á lo que podia contribuir á su elevacion y fortuna. Estaba muy lejos de pensar en instruirlos en la religion y en las obligaciones de cristianos.

No pude dejar de entermecirme cuando se me arrojaron al cuello, dándome el dulce nombre de padre. Los estreché en mis brazos, y recibí sus dulces caricias, correspondiendo con las mias; me sentí tan conmovido, que me saltaron por los ojos dos arroyos de lágrimas; y este llanto no era solo de ternura, sino de dolor; porque yo mismo me confundia de mi ceguedad, y me acusaba de mi mucha negligencia; pues habian perdido por mi descuido mucho tiempo, y recelaba que á pesar de su corta edad mi mala conducta les hubiese producido alguna mala impresion.

Conocia muy bien cuan funestos son los malos ejemplos que se gravan con las primeras ideas; pedía perdon á Dios, y le decia en lo íntimo de mi corazon: ¡O Señor de misericordia! yo pongo desde este instante bajo las alas de tu providencia estas dos jóvenes plantas que me has fiado para que las cultive para tí, para que las crie en tu amor y en la guarda

de tu santa ley. Perdona mi descuido pasado en favor del zelo con que me propongo desempeñar tan digna confianza en lo sucesivo; dirige al padre y protege á los hijos.

Volviendo los ojos encontré á su ayo, que me cumplimentaba, y no pude verle sin que me diese un vuelco el corazon. Yo habia escogido á este hombre precisamente por lo que hubiera debido alejarle; era un ayo á la moda, hombre de algun talento, muy instruido en toda la erudicion profana; pero tambien muy propio para corromper la juventud, filósofo por orgullo, incrédulo por comodidad, ó á lo menos indiferente en materia de religion; con esto está dicho que era de perversas costumbres.

Su aspecto solo me hizo estremecer, considerando las manos en que habia puesto la inocencia de mis hijos; y mientras él me hacia sus cumplimientos, yo resolvía en mi interior separarle cuanto antes, buscando medio de despedirle con decencia; pero entonces me pareció prudente disimular, y solo le dije que esperaba aliviarle mucho de su aplicacion; porque conocia que mi primer deber era ocuparme seriamente en la crianza de mis hijos.

Despues vinieron á presentármese los demas criados. ¡Ay Teodoro! los mas de ellos habian sido los instrumentos ó los ministros de mi corrupcion, y todos eran testigos de mi desenfreno, pues jamas me éntuvo el temor del escándalo; no pude verlos sin una especie de sentimiento penoso. Me llené de rubor, considerando que no podia volver los ojos á nadie

que no conociera toda mi pasada depravacion, que no me causara un cierto rubor. Solo ví, y descansó mi corazon en un criado anciano, llamado Ambrosio, que habia servido á mis padres, hombre de tan buen natural, que, á pesar de toda la corrupcion que yo habia introducido en mi familia, habia conservado sus costumbres antiguas, manteniéndose siempre en una vida cristiana y arreglada.

Por lo mismo habia sido siempre el objeto de nuestros desprecios, el blanco de nuestras burlas; le teniamos por un insensato, y si yo le conservaba en mi casa era por pura humanidad, por no despedir sin motivo á un criado de mis padres, que les habia servido muy bien, y por su misma utilidad; pues bien, Teodoro, este Ambrosio tan despreciado y abatido fue entonces entre todos el único objeto que ví con satisfaccion, el único que fijó mis atenciones; pero, ¿que digo atenciones? Si ya empezaba á mirarle con veneracion y respeto, acendiente irresistible de la virtud, cuando se sabe conocerla; necesité de prudencia para contenerme y no mostrarle de golpe las caricias que mi corazon me inspiraba.

En fin, Teodoro, todos los objetos habian mudado de apariencia á mis ojos. Esta casa que yo habia despreciado siempre por su sencillez me pareció por lo mismo un asilo muy oportuno para mi situacion; los adornos brillantes, los muebles magníficos que tanto habian lisonjeado mi orgullo, me daban ahora en rostro, y no podia verlos sin enfado. Los ricos vestidos que habian fomentado mi insensata vanidad,

y con los que cubria mi corrupcion, me ocasionaron el mismo efecto; mi mano los rechazó con horror, y escogí el mas sencillo para mi uso. ¿Quién pudo hacer tanta mudanza en mi alma? ¿quién sino la gracia del Señor, la luz del desengaño y la doctrina del evangelio?

No solo sentí esta mudanza en mis gustos, sino tambien en mis opiniones; mi trasformacion fue general, y tan completa, que precisamente lo que antes apetecia ó estimaba mas era lo que ahora me gustaba y apreciaba menos.

Los hombres que antes me parecian desagradables ó de poco mérito, porque no tenian este barniz ó colorido brillante que el mundo estima tanto, ó porque no nacieron dotados de aquella viveza, perspicacia y gracias que tanto arrastran á la prevaricacion, me parecian ahora los solos que se debian estimar, cuando mejoraban el defecto de estas calidades con la prudencia, moderacion y demas virtudes.

Los hombres consagrados á los ejercicios de la religion, que trabajan seriamente en sacar del mar del mundo y sus peligros su barca al puerto de la salud, me parecian los únicos discretos, los solos sabios, los que merecian únicamente nuestro respeto y nuestra emulacion; y al contrario los que, embriagados con las falsas ideas del lujo y del orgullo, no pensaban en otra cosa que en riquezas, grandezas y placeres, me parecian insensatos, furiosos, y que ciegos corrian sin saberlo al precipicio.

Lo que mas me asombró de mí fué que mi falsa

filosofia me habia inspirado una especie de rabia homicida y feroz contra los pobres. Como en sus principios no hay moderacion, y que las pasiones trastornan hasta las ideas mas sanas, llevándolas á un extremo en que ya no puede haber razon, yo me habia dejado seducir de un principio que, aunque justo en sí mismo, le hacia odioso el exceso de su aplicacion. Yo sabia que nada es tan útil al estado como el que todos trabajen, que la ociosidad es un mal, y que seria útil estirparla; yo repetia las máximas triviales de los sofistas, de que no se debe dar limosna, pues si nadie la diera no la pedirian los holgazanes, y adquirí con estas ideas inhumanas una aversion tan inflexible, que cuando se me presentaba un pobre le veia con indignacion, y le rechazaba con dureza.

Pero no me hacia cargo de que mientras el gobierno no los recoge, y les procura socorrer, es indispensable socorrerlos, y que si hay muchos pobres fingidos que pudieran trabajar, hay otros verdaderos que no pueden; que en la duda mejor es dar al que no la merece, que dejar de socorrer al que lo necesita, y aunque nada necesite tanto de ilustracion y prudencia como el uso y la aplicacion de la limosna, esta distribucion, que debe ser bien entendida, no debe degenerar en rigor; que Jesucristo nos ha mandado dar lo superfluo; que yo no era juez de la causa pública, y sobre todo que nadie me daba derecho para tratar á los infelices con dureza tan bárbara.

En verdad, Teodoro, que ahora que lo considero,

no comprendo que es lo que ha podido tenerme tanto tiempo en una ilusion tan odiosa, dando á mi corazon sentimientos tan inhumanos. ¿Será que el aspecto de la miseria importunaba á mi amor propio, y queria alejarla de mi vista? ¿será que, endurecido con mis vanidades y placeres, me habia hecho insensible á los males ajenos? ¿será que no pareciéndome nada bastante para satisfacer mi orgullo y contentar mis caprichos, una secreta codicia me detenia la mano y cubria su injusticia con tan viles pretestos? ¿será en fin que, duro é insensible á toda humanidad, mi corazon era de acero para los otros hombres? No lo sé, amigo; pero temo que sea todo esto junto.

Lo que sé es que desde que la luz del evangelio brilló en mi alma, de repente y sin ninguna nueva reflexion se disiparon estas inhumanas ilusiones, que sentí toda la iniquidad de mi conducta, y que tuve horror y vergüenza de mí mismo. Como si Dios me hubiera querido mostrar lo absurdos que eran mis sentimientos y lo opuestos que eran á su divina ley, me ha hecho reflexionar en los sentimientos de compasion con que los trataba Jesucristo; y me horrorizo de mi dureza cuando me acuerdo que el mismo Señor decia: lo que hicieris por uno de estos pobres es como si lo hicierais por mí. Si, amigo, mi corazon se ha mudado; ya un pobre para mí es un objeto de respeto interior. Envidio su pobreza cuando me parece que hace buen uso de ella, y estimo mas sus sufrimientos y miserias, si las lleva

con paciencia y resignacion cristiana, que todas las riquezas y las pompas del mundo.

Si me parece que por su edad ó su salud no debiera mendigar, le despediré con moderacion; pero no me permitiré el bárbaro desprecio con que los rechazaba. ¡Ay, amigo! ¡yo he estado muy engañado, muy pervertido! Este es un de los artículos de mi corrupcion que me atormenta mas. Yo he tratado á los miembros de Jesucristo con tal indignidad, que su memoria es uno de los mas punzantes remordimientos de mi corazon; pero espero vengarlos en mí, y honrar en ellos á Jesucristo.

En fin, Teodoro, seria muy largo referirte por menor todos los desengaños que me ha traído esta divina luz. Lo que puedo decirte en general es que ella me ha hecho conocer que toda mi presuncion era ridicula, que mi ciencia era ignorancia, y que estaba lleno de errores; que las ideas de mi entendimiento eran absurdas, y las pasiones de mi corazon viles y corrompidas; que yo procuraba cohonestarlas con los sofismas de una filosofía temeraria, pero que sus frívolos pretestos no me alucinaban sino porque lisonjaban la corrupcion de mis pasiones.

Tan ciegos como yo, tan prevaricadores como yo estan todos los que viven en el mundo, cuando le estiman y aman, cuando se gobiernan por sus falsas máximas, cuando adoptan esta filosofía perniciosa; todos, Teodoro, y tambien tú mismo. El cielo te envíe la misma luz que á mí, y tú como yo te asombrarás dé haberte dejado seducir de unos er-

ros tan groseros que no pueden resistir al menor rayo de la sana razon: el primer beneficio de la religion es disiparlos. ; Cuántos he perdido ya! ; cuántos me quedarán que perder! Este debe ser ahora el estudio de mi vida; pero volvamos á la historia.

Al otro dia de mi llegada fuí á la parroquia, conduciendo á mis hijos. Despues de haber oido con ellos la misa pregunté por el cura, que no habia venido á verme, y me encaminé á su casa. Encontré á un anciano venerable que me recibió con atencion y urbanidad; pero que me pareció fria y circunspecta. Su conversacion me dió la idea de que era hombre instruido y sólido, y de que sabia unir la simplicidad de sus discursos con la seriedad de su carácter. Sentí una viva secreta satisfaccion de que Dios me hubiese deparado un cura tan respetable. Le dije que yo era un nuevo feligres, una oveja nueva que venia á reconocer su pastor y ponerse en su aprisco. Él me respondió tibiamente; me dijo que hacia veinté años que era cura de aquella parroquia, y que se hallaba muy bien en ella. Pero, aunque procuré hablarle con cordialidad, y abrir muchos asuntos de conversacion, observé siempre que me respondia con sequedad, que no se prestaba á mis esfuerzos, y que no acababa de abrirse conmigo.

No era estraño, Teodoro; yo pagaba allí las deudas de mi reputacion. Despues supe, y el mismo cura me lo ha confesado, que sabia la historia de mi

mala vida; que la noticia de mi llegada habia traído la de mis escándalos; que las personas juiciosas del lugar se habian afligido de mi venida, y que el buen cura se habia consternado, temiendo que yo y mi familia acabásemos de corromper un pueblo que él trabajaba por convertir á Dios.

Como yo ignoraba esto, iba adelante en todo lo que podia satisfacer mi curiosidad ó darme idea para el logro de mis futuros proyectos; y supe por él que aquel lugar era muy grande, que habia en él cerca de tres mil personas de comunion, pero la mayor parte pobres; que habia algunos labradores, pocas ó ningunas artes y muchas miserias; que su renta era corta, y que aunque él distribuia todo lo que era posible entre los pobres, como eran estos tantos, no podia socorrerlos á todos, y que esto era lo único que le hacia penosa su situacion, porque todos los dias era inútil y triste testigo de graves necesidades que no podia remediar.

Yo le respondí: El cielo me ha concedido algunos bienes de fortuna, y sé que mi obligacion es distribuirlos entre los que no los tienen. Pues la Providencia me ha conducido á este lugar, ya me ha indicado los pobres que debo socorrer, y me presenta en nuestro pastor el órgano por quien lo debo hacer. Yo deseo, señor cura, contribuir al alivio de todos en cuanto se estiendan mis bienes. Así os pido me hagais saber todas las necesidades que interesan vuestro buen corazon, y estad seguro de que os